

**ANOOCHE**

**UN DJ**

**FRANK BROUGHTON  
BILL BREWSTER**

**ME SALVÓ**

**LA VIDA**

**BREVÍSIMA HISTORIA DE LOS VERDADEROS  
INNOVADORES DE LA MÚSICA**

# BILL BREWSTER Y FRANK BROUGHTON ANOCHÉ UN DJ ME SALVÓ LA VIDA

Brevísima historia de los verdaderos  
innovadores de la música

Editado por Julián Viñuales

Traducido por Alejandro Álvarez

*Título original: Last Night a DJ Saved My Life*

© Bill Brewster y Frank Broughton, 1999, 2000, 2006, 2014

Publicado originalmente en inglés por Headline Publishing Group

© por la traducción, Alejandro Álvarez, 2019

Editado por Julián Viñuales

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-9998-720-0

Depósito legal: B. 7.381-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra

la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

## ÍNDICE GENERAL

<i>Prefacio a la primera edición</i>	11
<i>Prefacio para la edición ampliada y revisada de 2006</i>	15
<i>¡Gracias!</i>	17
Uno: Introducción	19
Dos: Los comienzos — La radio	41
Tres: Los comienzos — Los clubs	73
Cuatro: <i>Northern Soul</i>	119
Cinco: El reggae	159
Seis: Las raíces del disco	183
Siete: El disco	235
Ocho: El <i>hi-NRG</i>	273
Nueve: Las raíces del hip-hop	303
Diez: El hip-hop	339
Once: <i>Garage</i> estadounidense	387
Doce: El <i>house</i>	417
Trece: El tecno	455
Catorce: La música balear	499
Quince: El <i>acid house</i>	529
Dieciséis: Sonidos británicos	591
Diecisiete: Artista	635
Dieciocho: Delincuente	661
Diecinueve: Superestrella	695
Veinte: ¿Un vendido?	725
<i>Listas de los clubs</i>	749
<i>Fuentes</i>	773
<i>Índice analítico</i>	785
<i>Biografías</i>	809

## YOU SHOULD BE DANCING (DEBERÍAS ESTAR BAILANDO)

Podrás sacudir la cabeza, sonreír, burlarte o darte la vuelta, pero esta locura del baile prueba, sin embargo, que el ser humano de la edad de la máquina con su imprescindible reloj de pulsera y su cerebro en permanente efervescencia por el trabajo, la preocupación y el cálculo tiene tanta necesidad de bailar como el ser humano primitivo. Para este, el baile también es el salvoconducto para acceder a otra dimensión.

CURT SACHS,  
*Historia mundial del baile,*  
1937 (sobre el tango)

La música vive en el tiempo, se desenvuelve en el tiempo. Así como los rituales.

EVAN EISENBERG,  
*El ángel de la grabación*

Cuando los homínidos se tambaleaban por las polvorientas sabanas tratando de dar con la mejor estrategia para sorprender a sus presas,

repararon en que su experiencia se dividía abruptamente entre el día y la noche. A la luz del día, el primate era un animal desnudo, presa fácil para aquellos más grandes que él pero, una vez caía la oscuridad, se unía a los dioses. Bajo un cielo estrellado, con antorchas cuyas llamas prendían su campo visual y acompañado por un ejército de tambores que redoblaban a un ritmo estremecedor, comía las raíces y las bayas sagradas, abandonaba los tabúes de la vida consciente, daba la bienvenida a los espíritus a la mesa y se unía a sus hermanas y hermanos en el baile.

Con frecuencia, alguien se situaba en el epicentro de la ceremonia. Alguien que distribuía las hierbas para la fiesta, alguien que daba comienzo a la acción, alguien que controlaba la música. Esta figura —el médico brujo, el chamán, el sacerdote— era un ser especial, tenía un poder único. Al día siguiente, mientras te curaba la resaca, probablemente recobraba su condición de simple vecino de al lado —ese tipo dos chozas más abajo que se pone demasiadas plumas—, pero que cuando se iba la luz y ponías rumbo al trance espoleado por el baile y a lomos del peyote, era el mandamás.

Hoy (sin ánimo de ofender a sacerdotes y ministros, que dan lo mejor de sí) es el *disc jockey* o DJ quien cumple esta función. Es el DJ quien preside nuestros ritos extáticos. Como el médico brujo, sabemos que, en el fondo, es un sujeto normal —vamos, míralo—, pero destierra la cotidianidad de nuestras vidas conjurando el latido de los tambores sagrados y las santificadas líneas de bajo; obrándose el milagro para recibirlo como a un dios, o por lo menos un intermediario con lo sagrado, el demiurgo que puede invocar al Creador y mediar para que nos devuelva las llamadas.

En un buen club, incluso en casi todos los malos, los que bailan celebran su juventud, su energía, su sexualidad. Adoran la vida a través de la música. Algunos adoran los niveles intensificados de percepción que aportan los enteógenos, pero muchos se dejan llevar solo con la música y las personas que están a su alrededor. El DJ es la clave de todo esto. Al seleccionar el repertorio de forma propicia, el DJ disfruta de un poder tremendo para intervenir en los estados mentales de la gente. Un DJ *bueno de verdad*, por un instante, puede lograr que toda una sala se enamore.

Porque, permítasenos aquí una acotación de suma importancia, ejercer de DJ no consiste meramente en escoger algunas canciones, sino en alumbrar estados de ánimo compartidos; entender los sentimientos de un grupo de personas y conducirlos a un lugar mejor. En manos de un maestro, los discos crean rituales de comunión que pueden convertirse en las vivencias más poderosas en las vidas de los allí presentes.

Esta idea de comunión es lo que impulsa los mejores aquelarres musicales. Es preciso romper la barrera entre el artista y el público, formar un solo ente, no tan solo observarlo. Los hippies de San Francisco sabían de esta dinámica cuando convirtieron sus espacios para shows de rock psicodélico en lugares de baile. Sid Vicious bien lo sabía cuando se lanzaba de la tarima para brincar con el público y ver a los Sex Pistols. De ahí la incrédula respuesta a la pregunta de los Happy Mondays cuando —después de añadir a un bailarín percusionista al grupo— les preguntaban: «¿Para qué tienen a Bez?». Y esa es la razón por la cual el *twist* causó una revolución danzante tan contundente: sin la preocupación de tener que bailar en pareja, uno está libre para fundirse con el todo.

El DJ está en la cúspide de esta idea. Si desempeña bien su trabajo, está allá abajo, brincando en medio de la pista de baile, aun cuando en realidad está encerrado detrás de un montón de aparatos electrónicos en una sombría caja de cristal.

### *El dios del baile*

El *disc jockey* es simplemente la encarnación más reciente de una función antigua. En su calidad de instigador de fiestas por antonomasia tiene muchos antepasados ilustres. Los chamanes serían sus ancestros más conocidos (tal como afirmarían un sinnúmero de adeptos a las *raves* con veleidades místicas); los sumos sacerdotes que conducían a sus pueblos al trance por medio del baile y bebían orín de reno aderezado con sustancias psicoactivas para ver a Dios. Desde entonces, ha recibido muchos nombres en lugares distintos: el locuaz maestro de ceremonias (MC) en los espectáculos de variedades, el director de la *big band* tocado con traje al estilo

zoot de la era del jazz, la *prima donna* que, cual instructor militar, marca el paso en las sesiones de *square dance* de Blue Mountain y quizá hasta el director de orquesta en las sinfonías y también en la ópera. Tal vez se haya encarnado también en James Brown e incluso en George Clinton. Durante la mayor parte de la vida de nuestra especie en el planeta ha sido una figura vinculada al culto religioso. No sorprende, por ello, observar cómo las formas más antiguas de adoración se centran en la música y el baile, y sus ritos suelen vehicularse a través de una persona especial, el nexo entre el cielo y la tierra.

De hecho, la segregación del baile de lo litúrgico es un fenómeno muy reciente. La Biblia nos dice que «hay un tiempo para bailar». El Talmud dice que los ángeles bailan en el cielo. Es un mandamiento de la ley rabínica: los judíos *tienen* que bailar en las bodas, y para los jasídicos ortodoxos es una parte importante de sus rezos. Los *shakers* (Asociación de creyentes en el Segundo Advenimiento de Cristo), inconformista secta célebre por su obsesiva idolatría de mobiliario minimalista, practicaban el celibato en un régimen de estricta segregación por sexo (sus huestes aumentaban mediante la adopción de huérfanos), pero los hombres y las mujeres se unían para bailar en formaciones complicadas en sus ceremonias religiosas.

En su empeño por conferir un mayor sentido de la festividad a la liturgia cristiana, el teólogo de los sesenta Harvey Cox señaló muy sabiamente que «los pocos que no puedan decir una oración quizá puedan bailarla». Sin embargo, la religión moderna suele tener problemas con el baile, quizá por su conexión evidente con el acto sexual, «la indicación perpendicular de deseos horizontales», como decía George Bernard Shaw. Pero la gente bailará de todos modos. El islam no es gran amigo del baile, pero la danza ritual de los derviches arremolinándose tiene como fin alabar a Alá. La cristiandad lo ha prohibido con frecuencia, salvo por accesos de personas desesperadamente necesitadas de baile que se permiten algún que otro paso cuando pueden. En Alemania en 1374, época y lugar en que el odio al cuerpo y al baile había presuntamente alcanzado su momento más álgido, después de comer un poco de pan trufado de cornezuelo, grandes multitudes de personas semidesnudas se apiñaban en las calles y hacían exactamente lo que les había prohibido la iglesia:



bailaban como poseos. Un historiador del baile religioso, E. R. Dodds, escribió: «El poder del baile es un poder peligroso. Como otras formas de desinhibición, es más fácil comenzar que detenerse».

Todas estas circunstancias son la herencia del DJ. Son la fuente de su fuerza. El DJ es el señor del baile del mundo de hoy.

Si piensan que es un tanto exagerado ubicar al *disc jockey* entre tan excelsa compañía, consideren el estatus que nuestra cultura le otorga hoy. Las cosas se han calmado un poco tras la idolatría maniática de mitad de los noventa, pero aun así, un pinchadiscos puede ganar miles —y a veces hasta decenas de miles— por unas pocas horas de trabajo. El DJ se ha convertido en millonario, ha salido con supermodelos, ha volado en helicóptero y en avión privado entre un compromiso de trabajo y otro. Todo este lujo por tan solo llevar a cabo algo que es tan divertido, como admitirían sin ambages, que la mayoría de los DJ lo harían gratis.

Si eso no les convence, podrían conversar con los cientos de miles de personas en todo el mundo que forman parte de la economía del club nocturno, actividad que genera varios miles de millones de dólares al año, y sin duda con los millones de adeptos de los clubs (*clubbers*) que rascan el fondo de sus bolsillos cada semana para poder escuchar al DJ de turno. En palabras del amante de las discotecas Albert Goldman, uno de los pocos escritores que entiende la música *dance*: «Nunca, en la larga historia del entretenimiento público, tanta gente ha pagado por tan poco... ¡y lo mucho que se divierten!».

Así que, por todo ello, el *disc jockey* tiene una historia que merece ser contada. Aunque sea casi siempre un sujeto cascarrabias, con sobrepeso y un neurótico insufrible que se gana la vida tocando la música de los demás.

### *Lo que realmente hace un DJ*

«Todo el que pueda tocar “Chopsticks” en el piano y sepa cómo usar una Game Boy puede ser un DJ», escribió Gavin Hills cuando la revista *The Face* lo envió a la escuela para DJ por un día. «Lo único que se necesita

desarrollar es el sentido de la sincronización y unas cuantas destrezas técnicas básicas y podrías ganar unas mil libras por noche.»

¿Será en realidad así de fácil? ¿O será que los DJ apenas pueden *ganarse* la vida?

¿Qué hace exactamente un DJ?

Los DJ destilan la grandeza de la música. Seleccionan una serie de grabaciones excepcionales para crear un resultado único, improvisado para ajustarse precisamente al momento, al lugar y al público al que se enfrentan. Todo este cuadro tiene pinta de alguien que simplemente pone algunos discos, después de familiarizarse con el equipo esa misma tarde, ese socorrido argumento de «cualquiera lo puede hacer» que parece ser muy sólido. Además, por supuesto, cualquier grandeza en la música es sin duda el trabajo de un productor y unos músicos que grabaron cada pista. Pero háganse la siguiente pregunta: ¿cómo llegaron esos discos espectaculares a la caja del DJ? ¿Dónde encontró esa versión funk tan maravillosa de esa canción famosa de los Beatles? ¿Qué era ese sonido soul de los sesenta con una línea de bajo que invitaba a los bailarines a la genuflexión? ¿O ese disco de *house* que recuerda a The Doors? ¿O esa pista de *garage* que es mejor que cualquier cosa que haya escuchado en Soundcloud?

Lo que hace un DJ es esto: sabe de música. El DJ conoce la música mejor que tú, mejor que tus amigos, mejor que cualquiera en la pista de baile o en la tienda de discos. Algunos DJ conocen su género preferido mejor que nadie más en el planeta. Claro, cualquiera puede poner un disco, pero la mayoría de la gente solo tiene canciones que todos han escuchado, canciones que ya aburren al personal. Un buen DJ lanza a la sala momentos musicales tan nuevos y tan frescos que se antoja irrelevante el que la música sea grabada, y tan poderosos que fácilmente desbancará a tus favoritos de todos los tiempos (y aquí algo «fresco» puede significar una canción vieja rescatada de la más absoluta oscuridad tan fácilmente como una pista producida ayer). El verdadero trabajo del DJ no es agazaparse detrás de los platos por un par de horas, con un aire furtivo a la espera de cupones para bebida; el verdadero tiempo y esfuerzo se empeña en una vida entera examinando la música para decidir si es buena, mala o «¡Ay, Dios mío, escucha esto!». La labor de un DJ es canalizar el vasto océano de música grabada en una sola noche inolvidable.

Naturalmente, pocos DJ son poco menos que obsesivos con sus colecciones de música. En *El ángel de la grabación*, Evan Eisenberg nos relata la historia de Clarence, heredero de la fortuna de un vendedor de autos Cadillac, quien vive en la pobreza en Baltimore, Long Island, con una colección de discos inmensamente inimaginable. El inodoro está averiado, apenas gana lo suficiente para comer, pero aún colecciona música de forma obsesiva.

«Clarence abre la puerta y uno apenas entra. Cada superficie —las encimeras, los armarios, los estantes del horno y el refrigerador, y casi todo el suelo de linóleo— está cubierta de discos. Son discos de laca y roca caliza (o de pizarra) pesados, atascados en cajas de cartón o acumulados en pilas; una de ellas está coronada por un plato mohoso con espagueti... Todo lo que le quedaba era la casa —sin calefacción, oscura, tan atestada de basura que la puerta no abre— y alrededor de un millón de discos.»

No es ficción.

Para llegar a ser un buen DJ uno tiene que desarrollar *el apetito*. Uno tiene que buscar discos nuevos con el celo desquiciado de un cazafortunas en plena fiebre del oro, excavando durante una tormenta de nieve. Uno tiene que desarrollar un entusiasmo por el vinilo que raye en lo fetichista. No puede uno pasar de largo en una tienda de segunda mano sin preocuparse por la clásica rareza que pudo haber pasado por alto, arrellanado entre esos elepés de The Osmonds. Se le dispararía la tensión a uno al pensar en abrir esas doce pulgadas cuadradas de envoltura transparente. La gente pensará que eres aburrido, tu piel se resentirá, pero uno encontrará sosiego en las conversaciones largas e impenetrables con colegas enganchados a los números del catálogo Metroplex o a los etiqueta blanca de la Prelude.

### *¿Presentar o interpretar?*

Además del conocimiento musical, la búsqueda incesante y la colección que lo sustenta, la destreza del DJ estriba en compartir su música de forma efectiva. En su aspecto más básico, la labor del DJ es el acto de presentar una serie de grabaciones para el disfrute del público. Así que, en el

nivel más elemental, el DJ es un presentador. Es lo que hacen los DJ de la radio: presentan la música y la intercalan con conversación, comedia y cualquier otro tipo de actuación. Sin embargo, el DJ del club ha abandonado en gran medida su función por algo más creativo en términos musicales. La *presentación* de grabaciones ha dado paso a la *interpretación*. El DJ de hoy usa los discos como bloques de construcción, los hilvana en una narrativa improvisada para crear un «set» (una sesión) que es de su autoría. Al enfatizar dramáticamente en las conexiones entre las canciones, al yuxtaponerlas o superponerlas a la perfección, el DJ del club moderno no necesariamente presenta grabaciones a discreción, sino que las combina para crear algo nuevo. Y esta concatenación de fragmentos, bien armada, puede ser mucho mejor que la suma de sus partes. En consecuencia, el DJ, que ahora ya no es un invitado más para desempolvar grabaciones de terceros, podría considerarse un verdadero artista.

La esencia del arte del DJ radica en la selección del repertorio y en el orden específico. Despuntar con esta combinación mejor o peor que los demás es el baremo básico por el que se rige la profesión. El objetivo es generar un ambiente musical seductor que, en el mejor de los casos, anime a la gente a bailar. Pero por fácil que pueda parecer, programar una noche entera de grabaciones con éxito (o incluso hasta media hora) es mucho más difícil de lo que uno piensa. Inténtalo. Aun con una caja llena de canciones geniales, escoger las que hagan a la gente bailar —retener la atención del público sin perturbarlos o aburrirlos— requiere mucha destreza. Algunos la adquieren por instinto, otros la dominan con la experiencia, la habilidad acumulada con los años de ver bailar a la gente.

Para lograrlo con contundencia, uno tiene que entender las grabaciones en términos de los efectos precisos que tienen en el público: hay que escuchar la música aprendiendo a apreciar su energía y sentimiento. Todos los buenos DJ pueden distinguir los más finos matices de la música; son sensibles al complejo conjunto de emociones y asociaciones que inspira cada canción, y saben con exactitud cómo el estilo y el ritmo de cada grabación afectará al salón. Esta comprensión es el fundamento para la improvisación del DJ, mientras escogen la canción que tocarán a continuación. Se trata mayormente de tener buen oído para la música, de tener un conocimiento crítico de lo que realmente provoca que una

canción funcione mejor que otra y de qué canciones suenan bien cuando se tocan una seguida de la otra. Pocos DJ son músicos ni han recibido formación musical, pero muchos hacen gala de una musicalidad muy refinada.

Aun en el nivel más puramente técnico, el trabajo de un DJ exige mucha dedicación. Al combinar las grabaciones para crear una interpretación única, fluida y significativa (o por lo menos efectiva), uno tiene que conocer la estructura de cada una de las canciones que ha de tocar, uno tiene que tener un oído musical razonable para determinar si dos canciones tienen claves complementarias, y para combinar dos pistas separadas, uno tiene que tener un sentido preciso del ritmo. Para «casar los ritmos» (*beatmatch*), sincronizar los ritmos de dos grabaciones para poder mezclarlos, uno tiene que escuchar una canción en un oído y la otra en el otro y mantenerlas separadas; esta habilidad cognitiva, en efecto, «reconfigura» parte del cerebro. Otras destrezas de los músicos son incalculables. La mayoría de los buenos DJ tienen una memoria musical muy fiable y un discernimiento cabal de cómo se construye una canción. Y, por supuesto, uno tiene que dominar el equipo: los platos; el mezclador, el amplificador y cualquier otro aparato procesador de sonido que uno pueda usar. Una mirada rápida al interior de la cabina de un DJ debería ser suficiente para convencernos de que es una tarea bastante compleja.

Los mejores DJ pueden hasta tocar con el equipo propio de sonido: usando los controles de volumen y de frecuencias, así como efectos especiales como el eco y la reverberación para dar énfasis a momentos específicos o hasta instrumentos específicos de una canción. Al «emplear el sistema», un buen DJ puede hasta lograr que una sola canción suene mucho mejor: más dramática, más explosiva, más bailable. Y ahora que el equipo de producción es lo suficientemente pequeño como para llevarlo al club nocturno, muchos DJ en la actualidad usan técnicas de estudio también: sampleando y repitiendo (*looping* en inglés) el pasaje de una canción, o mezclando algunos ritmos o añadiendo otra capa con una línea de bajo desde el ordenador; y remezclando las pistas en directo para crear una versión única para esa noche.

La mayoría de los DJ que se atreven a jugar fuera de la comodidad de sus habitaciones deberán tener un conocimiento sólido de los requisitos

técnicos. Pero incluso con una total maestría en los aspectos prácticos, podría uno ser un DJ inútil (hay muchos de esos por ahí). Los talentos fundamentales del DJ son el gusto y el entusiasmo. El gusto es clave: ¿puedes reconocer la buena música y separar lo extraordinario de lo meramente bueno? Lo común, por supuesto, es que el gusto es tan subjetivo como escoger entre el color melocotón o el aguacate para el nuevo baño, pero el quid de la cuestión estriba en si la multitud de gente en una pista de baile está interesada en la misma música que tú.

Si lo está, excelente; pero si no, ¿qué harías para ganártelos? Aquí es cuando entra en liza el entusiasmo. Los mejores DJ son consumados proselitistas de su propio paladar. Pueden lograr que el amor por sus grabaciones favoritas sea contagioso. Uno probablemente puede poner una grabación y animar a la gente a bailar, pero ¿puede acaso lograr que la gente adore canciones nuevas que nunca había escuchado? ¿Puede conseguir que aprecien algo que escapa a sus preferencias al recontextualizarlo y mostrarles cómo engarza con un viejo conocido? A los mejores DJ siempre los ha motivado la necesidad irresistible de compartir su música. Como gusta proclamar un DJ: «Hacer de DJ son dos horas de enseñarle a la gente lo que es bueno».

### *El arte de ser DJ*

Así que todo buen DJ que se precie tiene, a su vez, algo de chamán, técnico, coleccionista, *gourmet* y es, también, profeta en su pista. Sin duda es un artesano, el experto en lograr que la gente baile. Pero ¿es el DJ un artista? Como el músico, puede serlo.

La valoración más en boga del buen arte del DJ suele concentrarse en los aspectos técnicos: mezclas increíblemente fluidas, cambios fantásticamente rápidos, mezclar con tres platos, equalizar con astucia... Cuanto más ocupado esté el DJ, más fácil será presuponer que se le está hinchando la vena creativa. Y muchos DJ se ganaron la fama por conseguir cosas asombrosas con los platos, así como los músicos, desde Mozart hasta Hendrix, se convirtieron en leyendas por su maestría divina con los instrumentos.

Sin embargo, un gran DJ debe ser capaz de poner a brincar a una multitud con el equipo más primitivo, y lo cierto es que varios de los mejores DJ de la historia eran mezcladores bastante torpes. La grandeza del DJ no se manifiesta tan solo a la hora de mezclar astutamente, tiene mucho más que ver con encontrar canciones sorprendentemente nuevas y con ser capaz de sacarlas justo en el momento indicado. Por encima de cualquier otra consideración, la virtud reside en la habilidad para potenciar la interacción con el público.

Lo cierto es que ser DJ es que es un arte para el que es preciso el buen gobierno de las emociones y de la improvisación, y entre esas coordenadas se configura el verdadero ámbito de actuación del artista. Un buen DJ no solo concatena grabaciones sino que prefigura y modula la relación entre su música y cientos de personas. Por eso tiene que ver al público. Por eso no puede reducirse a tan solo una cinta. Por eso se trata de una actuación en vivo. Por eso es un acto de creación. La música es una línea directa a las emociones de la gente, y lo que hace el DJ es usar este poder de forma constructiva para generar placer. Ciertamente, su medio principal son las emociones: el DJ interpreta y manipula a su antojo los sentimientos de la tribu danzante.

Es una manera algo egocéntrica de describirlo. De forma más precisa, quizá, un DJ *responde* a los sentimientos de la masa en trance y usa luego la música para acentuarlos o elevarlos. «Es un acto de comunicación», dice el DJ y productor Norman Cook, más conocido por su alias artístico Fatboy Slim, al marcar la diferencia entre los DJ buenos y los malos. «Tienes que ver si se comunican con la gente y si reciben una respuesta por parte de los interpelados.»

«Para mí, se trata de ver si miran adelante o no mientras tocan —añadió—. Un buen DJ siempre está observando al público, mirando lo que les gusta, evaluando si está funcionando; se comunica con ellos, sonrío para ellos. Y un DJ malo siempre está con la mirada puesta en los platos y ejecutando lo que practicó en la habitación, sin importarle si al público le gusta o no.»

David Mancuso, padre putativo del disco, siempre ha sostenido, a capa y espada, que ningún DJ es mejor que su público. Su idea del DJ es que este es intérprete y oyente a un tiempo. En su visión, el DJ debe ser

«una persona modesta, que desconecta el ego y respeta la música, y está ahí para que siga su curso: para participar». En las mejores noches, dice, el DJ se siente como un conducto de las emociones que lo rodean: completa el ciclo entre los bailarines y la música. «Es una situación única en la que la gente forma parte de la escenografía de la música que suene en ese momento.» En esta relación, el DJ es tan parte del público como los bailarines. «En esencia, uno tiene un pie en la pista de baile y otro en la cabina.»

El DJ y productor David Morales concurre y afirma que el DJ solo puede hacer su trabajo de forma adecuada en presencia de un público.

«No puedo conjurar la magia por mi cuenta —insiste—. No puedo. Tengo un estudio de grabación muy bueno, pero cuando grabo mis cintas para los shows de la radio no puedo alcanzar esa magia. No se me ocurren los trucos creativos que me llegan cuando toco ante un público en vivo. No lo puedo repetir.»

Sin embargo, cuando las reacciones en directo están ahí, sabe que es capaz de alcanzar la grandeza. Y cuando la noche va bien, la sensación es incomparable.

«Guau, hombre, es como si me saliera de mi propia piel —dice, radiante—. Yo bailo en la cabina. Brinco arriba y abajo. Agito los brazos en el aire, sabes. Es ese sentimiento de que sé que tengo el control total, de que puedo hacer lo que quiera.»

Y cuando todo va sobre ruedas, el sentimiento es absolutamente orgásmico.

«Pues claro. ¿Para mí? Sin duda alguna. ¡Puro sexo! Sin duda alguna. Es sexo espiritual. Sexo espiritual clásico. Ay, Dios mío, en una buena noche, hombre... A veces estoy *de rodillas* en medio de una mezcla, solo porque así lo siento. Y cuando uno pone la siguiente grabación, uno puede bajarla, uno puede subirla, o simplemente apagarlo todo ¡y la gente se vuelve *loca*! Puedes poner lo que te dé la gana. *Lo que te dé la gana*. De ahí en adelante, los tienes en el bolsillo.»

El sexo y los DJ suelen ir de la mano, lo cual confirma, si es que es preciso confirmarlo, que el acto de amar y el acto de excitar a la gente música mediante guardan un estrecho parentesco. Francis Grasso, el abuelito de los pinchadiscos de clubs modernos, aceptaba de muy buen



grado las mamadas de la solícita felatriz que se colaba en su cabina desde 1969. «Apuesto a que no logras que pierda el compás», le decía a la boquiabierta admiradora que se acurrucaba bajo los platos.

Junior Vasquez recuerda a un *clubber* en pleno subidón en el Sound Factory follándose a un altavoz en un intento por acercarse más a la música. «No paraba de gritar: “Me estoy tirando al DJ”», recuerda Junior, con destellos.

«Los DJ hacen el amor de la misma manera en que ponen música —bromea Matt Black de Coldcut—. Si lo piensas bien, tiene que ser cierto. Y, además, los buenos DJ cocinan bien, me dice mi novia.»

### *Mejor que una banda*

La razón principal por la que los DJ le arrebataron el control a la música en vivo era económica. Un amante de la música con una caja de discos de 78 revoluciones podía entretener a un público por mucho menos dinero que un autobús lleno de músicos sedientos. Además, eso permitía a la gente escuchar a las mejores bandas. Imagínate que estás en una sala de baile de la posguerra. ¿Qué preferirías, bailar al ritmo de la banda minera del pueblo, con el tío Everett en el trombón, o al son de una grabación de Tommy Dorsey dirigiendo una de las mejores orquestas del mundo? Incluso hoy la calidad de una grabación de estudio suele ser superior al sonido de cualquier agrupación en directo, aunque sus amplificadores llegan hasta once.

En una edición de *Melody Maker* de 1975, Chris Welch explicó la hostilidad de los músicos hacia la discoteca. «No hay nada peor para un músico que competir contra el mejor producto de las fábricas del rock, retransmitido con la mejor amplificación, a manos de un DJ y luces que inyectan aún más adrenalina.»

Un músico, no importa lo fenomenal que sea, está limitado por el alcance de su instrumento, lo extenso de su repertorio y el ámbito de su estilo musical. Un DJ no tiene ninguna de esas limitaciones, tiene la libertad de poner dos grabaciones, una detrás de la otra, con treinta años de diferencia, o dos grabaciones de continentes diferentes, o de deleitar-

nos con una pieza genial de un artista cuya trayectoria es un fracaso. O, como los DJ de hip-hop, pueden ignorar la existencia de la banda entera durante los cuarenta y cinco segundos de funk que nos brinda el cambio del baterista.

No tiene sentido argumentar que la música del DJ es inferior a la de una actuación en vivo. Sencillamente, son cosas distintas. No se puede ver a los músicos, ni se puede asistir a la creación de la música, pero entonces la mayor parte de la música hoy en día no podría tocarse en directo de todos modos. Para una analogía, compárese el teatro en directo con el cine. Podría ser maravilloso ver una obra en la que el actor está en la misma sala contigo, con el público en silencio, aguantando su propia respiración. Pero también es maravilloso acercarse a la cara del actor, verlos volar, o verlos brincar del lomo de un lagarto gigante que estalla en pedazos.

Así que hay que tener cuidado a la hora de comparar al DJ con el músico. En lo que respecta a talento, destreza y habilidades artísticas únicas, casi siempre suele sobresalir el músico. Pero en materia de alcance, receptividad, en la habilidad para tomar rumbos sumamente distintos, el DJ domina la escena. El DJ también se impone en materia de recursos, porque mientras que una banda o un músico solo pueden ser ellos mismos, un DJ puede destilar millones de horas de genios musicales en un solo set. Siempre que la pueda encontrar en eBay y soportar que sus hijos se queden sin zapatos nuevos, el DJ tiene la posibilidad de tocar cualquier grabación que se le antoje y de cualquier época. Aun el mejor músico solo tiene jurisdicción sobre una parte ínfima del universo de la música; el DJ la tiene sobre todas las grabaciones. Y como los músicos no están en el salón, después de una noche de música espectacular, ¿quién se lleva la palma si no el DJ?

Antes, cuando parte del cometido del DJ consistía en officiar el *estreno* de grabaciones, el desempeño de un DJ se juzgaba mayormente por lo que decía o hacía entre cada canción. Pero ahora que estriba en *combinar* grabaciones, consideramos que la actuación de un DJ es casi como la de un músico. Claro, está poniendo canciones que otros crearon, pero lo hace de manera creativa y única. Aun cuando se ciñe a un solo género hay miles de canciones entre las que un DJ puede escoger para la noche

entera, y quizá da para varias mezclas de cada una. Hagan el cálculo y verán cómo el set de un DJ es tan único estadísticamente como el *riff* de un guitarrista.

El DJ es un músico. Solo que, en lugar de notas, toca canciones, y reemplaza las teclas del piano o las cuerdas de la guitarra con discos. Y como cualquier otro músico, la destreza del DJ estriba en cómo los escoge y los combina. Piensen en la actuación de un DJ comprimida en un marco temporal. Mientras un guitarrista puede impresionar a un público con una secuencia de acordes que dura treinta segundos, lo que hace un DJ dura mucho más: un DJ tiene que ser juzgado por la narrativa del repertorio seleccionado para dos o tres horas.

Imaginen un edredón hecho al coser juntas las piezas más finas de tela fabricadas a mano. Visto de cerca, su belleza proviene de la habilidad de los hiladores y bordadores que confeccionaron las distintas telas, pero visto desde lejos, se nos revela otra forma de belleza a una escala distinta, una enormidad imponente que proviene del patrón o diseño en su totalidad. Como el tejedor de este edredón, el DJ es un artista de un orden distinto. El DJ es un editor musical, un *metamúsico*, crea música de otra música.

La industria de la música *dance* se centra en la experiencia del *disc jockey*. En tanto que experto reconocido en el arte de lograr que la gente baile, hoy el grueso de la música *dance* es producida o remezclada por *disc jockeys*. La función del DJ como bibliotecario y custodio de toda la música grabada lo sitúa ahora en primer plano, toda vez que la creación de música hoy en día suele hacerse sampleando y combinando otros discos.

Y si hace su trabajo como es debido, el DJ lo disfruta tanto como los bailarines que tiene enfrente. «Cuando no estaba trabajando seguía poniendo discos», dice David Morales. «Disfruto lo que hago. Obtengo mucha pasión de ello, y que te paguen y te pongan en un pedestal por hacer algo que adoro hacer naturalmente es alucinante.»

### *El ángulo posmoderno*

Porque su arte proviene de la combinación del arte de otros, porque su actuación se compone de las actuaciones de otros músicos, el DJ es el

epítome del artista posmoderno. Sencillamente, pinchar es un ejercicio de combinatoria. El DJ usa grabaciones para crear un *collage* musical, de la misma forma en que Quentin Tarantino podría crear una película nueva con tan solo un montón de escenas copiadas de películas viejas o Phillip Johnson podría construir un rascacielos con la forma de un reloj de pie. Esto es en esencia el *modus operandi* del posmodernismo: recortar ideas y formas y combinarlas de manera creativa.

Desde el punto de vista teórico, el DJ es fascinante por una serie de razones. La función del DJ en nuestra cultura ilustra muy claramente varios temas de la vida posmoderna. Como argumenta Dom Phillips, exeditor de *Mixmag*: «El DJ no es un artista, pero es un artista. No es un promotor, pero es un promotor. No es una persona de la industria discográfica, pero lo es. Y también es parte del público. Es un instigador que aúna todas estas cosas».

Básicamente, la labor del DJ es extraña por todas las razones propicias. Para empezar, ¿es realmente un trabajo? Es una forma de ganarse la vida, pero a la vez es muy divertido. Los DJ proveen un servicio que evidentemente vale la pena pagar, pero la mayoría de ellos se van a su casa y hacen lo mismo en su tiempo libre, y muchos de ellos no dudan en aceptar la oportunidad de tocar en esa fiesta especial en la que el público es perfecto, gratis, solo por la emoción del momento.

Otro aspecto posmoderno de ser DJ es que abarca tanto el consumo como la producción, y esta circunstancia les revienta la cabeza a los sociólogos (como si necesitaran ayuda). Un DJ es un consumidor de música grabada: compra un disco y lo escucha, como lo haría cualquier otra persona. Sin embargo, porque su público también escucha el disco, también está, *en ese mismo momento*, creando un producto: la interpretación de la música que contiene ese disco. Y las selecciones que decide como *consumidor* (qué discos comprar y escuchar) son una parte definitoria de su valor como *productor* (de cuán creativo y distintivo es). La práctica del consumo como creatividad es un acto muy posmoderno, como podríamos demostrar si nos prestaras tu tarjeta de crédito.

De modo similar, el DJ es tanto artista como promotor. Entretiene a un público y a la vez les urge a que salgan a comprar algo: los discos que usa en su actuación. De nuevo, los doctorandos encuentran esta práctica sumamente inquietante.

A los académicos también les intriga el hecho de que el DJ se gana la vida filtrando información; le da sentido a la masa confusa de información musical que nos bombardea (se lanzan cientos de sencillos de música *dance* cada semana). No hay forma de que podamos encontrar todo lo mejor de la música de nuestro género favorito, así que dependemos de la prescripción del DJ para que nos oriente. Son como compradores personales que examinan cientos de discos basura y encuentran los que nos gustan. En estos días, la gente cada vez compra menos discos sencillos; en cambio, escogemos nuestros DJ favoritos y dejamos que los compren por nosotros. ¿Para qué pasar la vida buscando obstinadamente discos desconocidos (en cuyo caso, lo más seguro es que seas un DJ) cuando puedes comprar un CD recopilatorio mezclado por un DJ, editado por una persona que hace eso mismo para ganarse la vida? Uno podría decir que, en estos días, no compramos discos en particular, sino que compramos sesiones de DJ en particular. Otro ejemplo fabuloso del posmodernismo en todo su esplendor.

Ahora bien, pensar en estos términos es fascinante, pero no hay mucho más detrás de ellos, a menos que, por supuesto, uno introduzca algo de jerga. Si uno quiere escribir sobre los DJ sin abandonar la biblioteca, o si uno quiere pretender ser un DJ aunque no pueda poner a la gente a bailar, recomendamos que usen «texto» u «objeto encontrado» cuando uno normalmente diría «canción» o «grabación», o también llamar al DJ *bricoleur* cada vez que puedan. Intenten colar las palabras *significado* y *discurso* en sus oraciones (úsenlas como quieran, nadie se dará cuenta) y nunca digan «echando un par de temas» cuando pueden decir «corte, sampleado e interconexión de los productos básicos de los medios».

Algunos DJ «de vanguardia» han lanzado con éxito un velo pretencioso sobre los ojos de los críticos de música de corte academicista, y han atraído un público al escribir sobre la figura del DJ y lograr que se nos presente como una empresa complicada. Quizá esta estrategia funcione en las clases tertulianas, pero apenas cuela entre los cuerpos en la pista de baile. Un DJ debe concentrarse en «encontrar buenas canciones para tocar» más que en «extraer el sentido de la nube de datos».

*Un revolucionario musical*

Gracias a la libertad sin igual que brinda tocar cualquier estilo de música en cualquier lugar a cualquier hora, desde hace tiempo el DJ se ha convertido en la fuerza principal de la evolución de la música. Como verán, para mantener la emoción de los bailarines, los DJ han tenido a bien distorsionar, corromper y combinar grabaciones de manera que horrorizarían a los artistas originales, y esto, más que algunas sesiones improvisadas (*jam sessions*), un nuevo bajista o una aventura romántica particularmente trágica, es lo que inspira la revolución musical.

Un pistolero a sueldo cuya reputación depende de la independencia de sus gustos musicales y, sobre todo, de lo innovador y distintivo de su actuación, el DJ es un verdadero agente del cambio en la música, infinitamente más de lo que jamás podría soñar con protagonizar una banda. Hasta hace poco, cuando lo convirtieron en una estrella de pop mercadeable, el DJ era una de las pocas personas con algún poder en la industria de la música que no rendía pleitesía a la industria discográfica. Su estatus autónomo y su fuerza promocional le permitían levantar las barreras musicales, exhibir nuevos sonidos y sintetizar géneros completamente nuevos.

Así pues, aunque los historiadores de la música lo hayan ignorado en gran medida, el *disc jockey* apenas ha salido de la oficina de patentes de la música popular. Casi toda forma musical radicalmente nueva en las últimas cinco décadas debe su existencia al DJ. Fue él quien posibilitó que el *rhythm and blues* y el rock'n'roll dieran sus primeros pasos al popularizar géneros inconexos y conseguir inadvertidamente con ello que se fusionaran. El reggae fue impulsado por las necesidades del DJ y su sistema de sonido. Y el DJ estaba en el mismo centro de la insurrección que forjó la música disco en la música grabada. No contentos con semejante contribución, durante los últimos treinta años los DJ se han puesto a trabajar a conciencia: nos dieron el hip-hop, el *house* y una gran constelación de géneros satélite; géneros musicales creados exclusivamente por los DJ.

Con todos estos cambios, el DJ ha transformado completamente la forma en que concebimos, creamos y consumimos la música. Al adaptar

la música para que se ajuste mejor a la pista de baile, ha revolucionado también el uso de la tecnología en el estudio. Su poder para promocionar discos devino fundamental en la fundación de la industria musical moderna (así como en la publicidad audiovisual). También reivindicó en gran medida la supremacía del estatus de la música grabada: un disco ya no es una representación de una actuación distante «en vivo», ahora es una categoría en sí mismo, la primera encarnación de las canciones. Y no se puede olvidar que ninguna banda, por más radical que sea, tendría mucho impacto más allá del patio de su casa si el DJ no escuchara ni pusiera sus discos.

El poder del DJ no ha pasado desapercibido en el mundo exterior. El hecho de que este pueda esgrimir una influencia considerable sobre un público enorme lo ha puesto en conflicto con las fuerzas vivas del sistema y, por ende, la historia del DJ también tiene un subtexto rico en luchas de poder. Quizá el ejemplo más trágico es el caso del propagador del rock'n'roll Alan Freed, a quien el FBI hirió de muerte (literalmente) supuestamente por aceptar pagos ilegales de «payola» (sobornos para tocar ciertas canciones). La razón real para que el Gobierno de Estados Unidos pusiera tanto empeño en perseguirlo parece tener más que ver con su éxito en promover la música «degenerada» de los negros entre sus impresionables hijos e hijas de raza blanca. Más recientemente, las estructuras centradas en la figura del DJ, como la radio pirata y el movimiento *rave*, han provocado sin excepción la ira de las agencias gubernamentales.

### *Llevar la música más allá*

El DJ lleva entre nosotros aproximadamente un siglo. A pesar de su función fundamental, hoy por hoy los foros de crítica musical de renombre casi no tienen conocimiento de quién realmente es el DJ, lo que hace y por qué ha cobrado tanta importancia. Si este libro tiene un objetivo, es demostrar a los historiadores del rock que el DJ es una parte absolutamente integral de su materia de investigación. Mientras buscan espacio para acomodar otros diez libros más sobre los Beatles, quizá saquen el tiempo para leer este.

Quizá sea culpa de nuestro eurocentrismo el hecho de que se haya subestimado la importancia de la música *dance* durante tanto tiempo. Así como las leyes de derechos de autor protegen los conceptos occidentales de melodía y lírica, pero ignoran la importancia del ritmo y el bajo, los manuales de historia de la música han evitado tomar en serio a la música *dance* por temor a la ausencia de la palabra escrita, a su naturaleza más física que cerebral (el hip-hop, con su énfasis en las letras de las canciones, es la excepción que confirma la regla). Y, sorprendentemente, la mayoría de los escritores que *sí* han explorado la música *dance* han escrito sobre ella como si nadie hubiera pasado por los clubs de baile antes de 1987.

Por todos estos factores, la narración que están a punto de leer ha existido únicamente como una historia oral, transmitida a través de los años por sus protagonistas, discutida y mitificada por los participantes, pero nunca hasta ahora transcrita ni llevada a la imprenta; ni, por supuesto, con la ambición y el rigor que inspiraron esta iniciativa.

El deseo de bailar es innato, y ha ejercido una influencia constante sobre la música. En consecuencia, el *disc jockey* nunca ha estado lejos del epicentro de la música popular moderna. Desde sus orígenes como vendedor de elixires radiofónicos hasta su pedestal actual como rey de reyes del pop globalizado, el DJ ha sido quien ha cargado con la responsabilidad de conducir la música hacia nuevos horizontes.